

PREMIO EL BARCO DE VAPOR

EL BARCO



DE VAPOR



Calvina

Carlo Frabetti



Lectulandia



En el mundo de Calvina los muertos están vivos; los locos, tan cuerdos como los libros que se creen ser; los ladrones tienen buenas intenciones y puede que la protagonista sea el protagonista. Todo es extraño, todo es un juego; un desafío a tu inteligencia. Donde nada es lo que parece, todo es una sorpresa...

Lectulandia

Carlo Frabetti

Calvina

El barco de vapor: Serie Roja - 179

ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

Carlo Frabetti, 2007
Ilustraciones: Miguel Navia
Diseño de cubierta: Miguel Navia

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A Annagilda, Simonetta,
Robert, Giussi y Olivia,
una familia tan especial
como la de Calvina.

El jardín bosque

Era un caserón antiguo y destartado, rodeado por un amplio jardín que hacía mucho tiempo que nadie cuidaba; tanto, que más que un gran jardín parecía un pequeño bosque. La casa no tenía aspecto de albergar cosas de mucho valor; pero había una ventana abierta en la planta baja, y esa era la clase de tentación a la que Lucrecio el Rata no podía resistirse. Además, si el Sopa lo había citado allí era porque el golpe valía la pena. El Sopa no solía equivocarse.

No solía equivocarse, pero sí solía llegar tarde. Cuando llegaba, pues a veces ni siquiera aparecía, ya que se quedaba dormido con mucha facilidad. Por eso lo llamaban el Sopa.

Tras esperar más de media hora, Lucrecio decidió hacer el trabajo él solo. Parecía fácil, y si salía bien le daría una parte al Sopa por la información. Imitó el ladrido de un perro y, al ver que no obtenía respuesta (señal de que no había ningún chucho en la casa), saltó, no sin dificultad, la alta verja de barrotes de hierro rematados por amenazadoras puntas de lanza.

Mientras cruzaba sigilosamente el jardín, le pareció distinguir entre los matorrales los relucientes ojos de... ¿un gato?

«Es demasiado grande para ser un minino», pensó con un escalofrío al calcular el tamaño del animal por la separación de los ojos. «Pero si fuera un perro habría ladrado».

Lucrecio decidió no pararse a averiguar qué clase de bicho lo había mirado desde la tupida maleza. Corrió a toda velocidad hacia la casa y, sin más averiguaciones, entró por la ventana abierta.

Era más de medianoche y todos debían de estar durmiendo, pues no había ninguna luz encendida ni se oía el menor ruido. De no ser por el débil resplandor lunar que se colaba en el salón por la misma ventana por la que se había colado Lucrecio, la oscuridad habría sido completa.

El ladrón sacó su linterna de bolsillo y se dispuso a encenderla. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Una gran lámpara de cristal que colgaba del techo se iluminó de pronto, y Lucrecio se encontró cara a cara con un niño que lo miraba muy serio a apenas un par de metros de distancia. Era un niño bastante extraño. De unos diez u once años, muy menudo y algo cabezón, de grandes y penetrantes ojos azules, todo vestido de negro. Y completamente calvo.

—Aún falta mucho para Navidad —dijo el niño—, y además tú no pareces Papá Noel.

—No tengas miedo, pequeño —susurró Lucrecio con una sonrisa forzada. Su primer impulso fue el de salir corriendo, pero se contuvo; si actuaba con brusquedad, lo más probable era que el niño se pusiera a gritar. Y con la ventana abierta los gritos se oirían en la calle. Alguien podía acercarse y pillarlo saltando la verja.

—No tengo miedo —replicó el niño—. Y no soy pequeño.

—No quería ofenderte —se excusó Lucrecio—. Lo de «pequeño» es una forma de hablar, ya sabes... En realidad, eres bastante alto para tu edad.

—Deja de decir tonterías. A no ser que pienses que tengo cinco años, y por mi cara y mi forma de hablar es evidente que tengo al menos el doble, no puedes decir que soy alto para mi edad. Pero, como dijo Napoleón, la grandeza no tiene nada que ver con la estatura. Aunque es normal que los bobalicones como tú las confundan.

—Oye, yo no soy ningún bobalicón. Para que te enteres, me llaman... Demetrio el Astuto.

—Nada de eso. Te llaman Lucrecio el Rata, también conocido como Luc el Sigiloso. Aunque esto último, a juzgar por el ruido que acabas de hacer, no parece muy adecuado.

—¿Cómo demonios sabes...?

—Yo hago las preguntas —lo interrumpió el niño—. ¿Tienes familia?

—Depende de cómo se mire —contestó Lucrecio con un suspiro—. Mi mujer me plantó hace un par de años, y casi no me deja ver a nuestra hija; dice que soy una mala influencia para ella.

—A primera vista, yo diría que no le falta razón —comentó el niño con una mueca despectiva.

—Oye, no te pases —protestó Lucrecio—. Mi... oficio no significa que sea un mal padre.

—¿Te consideras bueno?

—Tal vez no sea lo que se suele entender por un padre ejemplar; pero puedo asegurarte que mi hija es lo más importante para mí, y haría cualquier

cosa por ella.

—Estupendo. Eres justo lo que andaba buscando.

—¿A qué te refieres?

—A un buen padre. Necesito un buen padre.

—¿Para qué? ¿Para quién?

—De momento, contestaré a la segunda pregunta: para mí.

—¿Estás de guasa?

—En absoluto. Es un asunto muy serio... No tienes muy buen aspecto, pero, a falta de otra cosa, supongo que servirás.

Lucrecio sintió una extraña desazón. No era la primera vez que lo sorprendían al entrar a robar en una casa, pero nunca se había encontrado en una situación tan insólita como aquella.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo tras una pausa—. Y tú, por cierto, deberías estar en la cama.

Hizo ademán de salir por la ventana por la que había entrado, pero el niño se sacó del bolsillo un mando a distancia y oprimió un botón. Con un golpe seco, una reja de gruesos barrotes metálicos descendió como una guillotina desde el borde superior de la ventana y le cerró el paso al perplejo ladrón, que se volvió hacia el niño y le dijo:

—Escúchame...

—Calvino. Me llamo Calvino.

—Escúchame, Calvino: lo mejor para los dos es que me marche tranquilamente por donde he venido, así que haz el favor de abrir esa ventana, o de lo contrario...

—O de lo contrario, ¿qué harás?

—Tendré que usar la fuerza.

—Un buen padre como tú no usaría la fuerza contra una pobre criatura indefensa.

—Bueno, no voy a matarte ni a romperte un brazo; pero tendré que quitarte ese mando por la fuerza.

—No será necesario. Toma —dijo Calvino tendiéndole el mando.

Lucrecio lo cogió y buscó el botón de apertura, pero no entendía los extraños signos grabados junto a los pulsadores; probó varios al azar, pero no consiguió nada.

—Está bien —dijo—; aunque no es mi costumbre, me iré por la puerta.

—No creo que puedas abrirla —replicó Calvino—. Es una puerta de seguridad, a prueba de ladronzuelos incompetentes.

—Oye, este juego está yendo demasiado lejos —dijo Lucrecio esforzándose por parecer tranquilo, aunque en realidad no lo estaba en absoluto—. No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad, de modo que si no me dejas salir...

—¿Llamarás a la policía? Adelante, ahí tienes el teléfono.

El lobo perro

Estaban sentados uno frente a otro en sendos sillones, cerca de la chimenea, en la sombría biblioteca atestada de libros que había junto al salón.

—Voy a ofrecerte un trato que no podrás rechazar —dijo Calvino—. A no ser que estés ansioso por volver a la cárcel.

—Nunca he estado en la cárcel —mintió Lucrecio.

—Tres veces —replicó el niño—. Y ahora estás en libertad condicional, de modo que si te pescan reincidiendo...

—¿Cómo demonios puedes saber...? —empezó a decir Lucrecio, pero Calvino lo interrumpió:

—Ya te he dicho que las preguntas las hago yo. En realidad, no tendrás que hacer casi nada; solo tienes que vivir aquí y afeitarte la cabeza.

—Pero...

—No me interrumpas. Mi padre ha tenido que marcharse precipitadamente, y tal vez no pueda volver en un tiempo. Si lo dan por desaparecido, o incluso si se enteran de que no hay ningún adulto viviendo conmigo, me meterán en alguna de esas instituciones para huérfanos y niños abandonados, y no voy a permitirlo. De modo que necesito a alguien que ocupe el lugar de mi padre y que saque a pasear al perro de vez en cuando para que los vecinos no sospechen.

—¿El perro? Pero si no hay ningún perro...

—¿Creías que podías engañar a Loki con tu patética imitación de un ladrido? —dijo Calvino con tono displicente—. ¡Loki!

Fue como si la oscuridad que reinaba en un rincón de la sombría biblioteca se hubiera materializado de pronto en una enorme bestia negra. Un lobo descomunal se acercó al niño con paso sigiloso y apoyó la cabeza en su regazo.

—Eso no... no es un perro —farfulló Lucrecio, que ya había visto aquellos ojos en el jardín.

—Es un lobo canadiense. Y como al fin y al cabo los perros son lobos domesticados, a efectos prácticos Loki es como un perro grande. Otros tienen un perro lobo, y yo tengo un lobo perro.

—Pero los lobos canadienses son de un gris muy claro —comentó Lucrecio.

—Vaya, entiendes de animales. Eso me gusta —dijo Calvino con un gesto de aprobación—. Sí, los lobos canadienses suelen tener el pelaje muy claro para mimetizarse con la nieve; Loki es un insólito caso de melanismo, el equivalente lobuno de una pantera negra.

—Debe de pesar más de ochenta kilos —estimó Lucrecio con una mezcla de asombro y temor.

—Ochenta y cinco. Tienes buen ojo para el peso... ¿Es de robar gallinas?

—Oye, ¿por quién me has tomado? Yo...

—Ya lo sé, ya lo sé: eres un elegante y honrado ladrón urbano que solo roba en las casas de los ricos.

Tras una pausa, Lucrecio preguntó:

—¿No tienes ningún pariente, aparte de tu padre?

—Solo un abuelo, creo; y digo «creo» porque está en paradero desconocido desde hace años. Mi madre murió, y era hija única, igual que mi padre. Igual que yo.

—Lo siento.

—No lo sientas: prefiero no tener competencia.

—Me refiero a lo de tu madre.

—Eso tampoco es para lamentarlo demasiado; era una bruja. Estuvo a punto de matar a mi padre.

—Vaya, qué familia tan encantadora...

—Por eso te propongo que te incorpores a ella. ¿Te interesa el trato que te ofrezco?

—¿Solo tendría que vivir aquí y sacar a pascar a... Loki?

—Y afeitarte la cabeza. Lo de mi pelo (o mi ausencia de pelo, mejor dicho) es hereditario, y mi padre es tan calvo como yo. O viceversa, más bien.

—¿Y de dónde sacaríamos el dinero para vivir?

—Del cajero automático. Tengo la tarjeta de crédito de mi padre, y en la cuenta hay dinero suficiente como para vivir sin problemas durante... mucho tiempo.

Tras una larga pausa, Lucrecio dijo:

—Supongo que, si me niego, Loki saltará sobre mí y me inmovilizará mientras tú llamas a la policía.

—Y se te caerá el pelo de todas formas —añadió Calvino con una sonrisa malévola.

El armario cuarto

El dormitorio del padre de Calvino era amplio y confortable, aunque un poco siniestro. Los muebles parecían muy antiguos, y tanto las cortinas como la colcha y la alfombra eran negras. Y enfrente de la cama, colgado de la pared, había un cuadro bastante inquietante. Era el retrato de una mujer morena y muy pálida, toda vestida de negro, cuya larga cabellera se confundía con el traje y con el oscuro fondo del cuadro. De no ser por los labios, de un rojo vivo, habría parecido un retrato en blanco y negro. Lo más sobrecogedor era que los grandes ojos de la mujer parecían mirar directamente a quien contemplaba el cuadro. Tras observarlo fascinado durante un buen rato, Lucrecio lo descolgó y lo apoyó en el suelo de cara a la pared; no le hacía ninguna gracia tener delante aquellos ojos todo el tiempo.

La habitación tenía su propio cuarto de baño. Llenó la vieja bañera esmaltada y se sumergió en el agua caliente. Necesitaba relajarse después de las emociones de aquella noche tan extraña. Estuvo en remojo más de media hora; luego se secó perezosamente con una suave toalla negra y se acostó.

La cama era muy cómoda, y ningún ruido turbaba la tranquilidad de la noche. Pero Lucrecio no podía dormir. Estaba nervioso, inquieto por el insólito acuerdo que acababa de sellar, mediante un apretón de manos, con aquel extraño niño calvo. ¿Y si alguien descubría que estaba suplantando la personalidad del padre de Calvino? Pero no, nadie podría acusarlo de eso; él no iba a decir que era el padre del niño: simplemente, iba a vivir allí. Si lo pillaban, diría que era el jardinero y que no sabía nada. No podían detenerlo por afeitarse la cabeza y pasear al perro. Bueno, al lobo...

Estaba muy cansado, pero seguía sin poder dormirse; no lograba detener el torbellino de ideas que giraba como un tiovivo dentro de su cabeza. Se levantó de la cama y decidió salir a dar una vuelta por el jardín, a la luz de la luna. Calvino le había dicho que podía (mejor dicho, que debía) usar la ropa de su padre, de modo que abrió el gran armario de caoba que había en un

rincón del cuarto con la esperanza de encontrar un batín para poder salir sin tener que vestirse.

Todas las prendas que colgaban de las perchas eran negras, y entre ellas no vio ningún batín. Pero era un armario muy profundo, y había una segunda fila de ropa colgada. Lucrecio metió el brazo entre las prendas de la primera fila y lo estiró al máximo. Le sorprendió no tocar el fondo del armario. Introdujo el hombro, luego medio cuerpo, y acabó metiéndose del todo entre la ropa, que lo oprimía como una muchedumbre apelotonada a la puerta de un cine. Y tan oscuro como un cine estaba el interior del armario, desde luego...

Lucrecio se acordó de las historias de Narnia, que tanto lo habían impresionado de pequeño, y sintió un escalofrío. Pero no en vano lo apodaban «el Rata» por su habilidad para colarse en todas partes; y también por su insaciable curiosidad, más fuerte que la prudencia. Siguió abriéndose paso a través de la ropa colgada y llegó a un espacio más despejado, como si el armario diera a otro cuarto. Avanzó un par de pasos a ciegas, con los brazos extendidos, y de pronto tocó algo. Se detuvo en seco, paralizado por el terror. Lo que había tocado era un rostro humano.

A Lucrecio también lo llamaban «el Rata» por la fulminante rapidez con la que era capaz de huir cuando se imponía una retirada estratégica, y en aquella ocasión hizo honor a su apodo. En menos de lo que se tarda en decirlo, volvió al dormitorio, cerró con llave la puerta del armario y se escondió debajo de la cama.

El niño niña

Se despertó al amanecer, con todo el cuerpo dolorido. Se había quedado dormido sobre el duro suelo de madera.

Lo primero que hizo fue comprobar que la puerta del armario seguía cerrada con llave. Luego se vistió y fue a la cocina. Estaba hambriento.

Calvino le había dicho que no había nadie más en la casa, de modo que Lucrecio se quedó muy sorprendido al ver en la cocina a una niña de largo cabello rubio con un vestido un tanto anticuado. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando la niña dijo:

—Buenos días, Luc. Veo que te gusta madrugar, igual que a mí.

—¡Eres Calvino! —exclamó Lucrecio al reconocer su voz.

—Pues claro. ¿A quién esperabas encontrarte?

—¿Qué haces con esa peluca?

—Voy a salir, y no me gusta llamar la atención. Los niños calvos no se llevan mucho esta temporada.

—Pero... vas vestido de niña.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Llevas falda!

—Si llevara pantalones, ¿iría vestido de niño?

—No necesariamente, pero...

—Pues entonces, llevar falda no es ir vestido de niña necesariamente.

—Vale, vale... Pero eres un niño... supongo.

—¿Por qué lo supones?

—Te llamas Calvino.

—¿Y qué? Podría ser mi apellido.

—Ya decía yo que era un nombre muy raro. Así que es tu apellido...

—No he dicho que sea mi apellido, sino que podría serlo. También podría ser mi apodo, puesto que Calvino es un diminutivo de calvo.

—¿En qué quedamos: eres niño o niña? ¿Y te llamas, te apellidas o te apodas Calvinio?

—No tenemos por qué quedar en nada. Y tampoco tenemos por qué quedarnos aquí todo el día, así que desayuna de una vez. Tengo que ir a un sitio y quiero que me acompañes.

—¿Ah, sí? Pues yo no voy a ninguna parte sin que antes me aclares de quién es el cadáver que tu padre guarda en el armario.

—Veo que has tenido pesadillas —dijo Calvinio mirando a Lucrecio con el ceño fruncido—. El dormitorio de mi padre es un poco siniestro, con esos muebles tan antiguos y ese horrible cuadro, y puede afectar a las mentes débiles.

—Mi mente no es nada débil —replicó Lucrecio—, y no lo he soñado. Ven y verás.

Calvinio lo siguió hasta el dormitorio y dijo nada más entrar:

—Ya me extrañaba a mí que hubieras podido abrir el armario. No está la llave. Claro que, ahora que lo pienso, forzar cerraduras es tu especialidad.

—¡No he forzado ninguna cerradura, y la llave estaba ahí hace un momento! —exclamó Lucrecio, que estaba tan nervioso que ni siquiera se dio cuenta de que el cuadro de la mujer de negro volvía a estar colgado en su sitio.

—Es curioso, pues siempre ha estado aquí —replicó Calvinio mientras abría el cajón de la mesilla de noche. Sacó una llave, la introdujo en la cerradura del armario, la hizo girar y abrió la puerta.

Lucrecio se acercó cautelosamente, metió el brazo entre las prendas que colgaban de las perchas y... tocó un rostro humano.

—¡Ahí está! —gritó retirando la mano como si hubiera rozado un hierro al rojo.

Calvinio lo miró con conmiseración, se metió en el armario y sacó un viejo maniquí de trapo con cara de porcelana; lo dejó en una silla que había junto a la cama y dijo con sorna:

—Si te molesta compartir la habitación con un cadáver, puedes enterrarlo en el jardín. Y ahora, si no tienes nada mejor que hacer, desayuna y luego aféitate la cabeza. Nos vamos dentro de media hora.

El manicomio biblioteca

Lucrecio se afeitó la cabeza y se puso la ropa del padre de Calvino: un anticuado traje negro y un jersey de cuello alto del mismo color.

—Tendrás que adelgazar un poco —le dijo el niño (¿o era una niña?)—. Los pantalones te quedan muy justos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lucrecio mientras salían de casa.

—A una biblioteca muy especial.

La casa de Calvino estaba en las afueras de la ciudad, y durante más de media hora caminaron alejándose aún más del centro, hasta llegar a un sombrío palacete rodeado por una herrumbrosa verja.

—No parece una biblioteca —comentó Lucrecio.

—Porque es un manicomio —dijo Calvino, y llamó al timbre que había junto a la cancela que daba acceso al patio.

—¡Pero me has dicho que íbamos a una biblioteca! —exclamó Lucrecio.

—Te he dicho que íbamos a una biblioteca muy especial —precisó Calvino.

La cancela se abrió con un clic y el niño (¿o era una niña?) cruzó resueltamente el patio hacia la puerta principal del palacete. La empujó y entró en el amplio vestíbulo seguido (¿seguida?) por Lucrecio.

Una sonriente mujer de unos cincuenta años, bajita y regordeta, salió a su encuentro con los brazos abiertos y exclamó:

—¡Alicia, qué agradable sorpresa! ¡Y además has venido con tu papá!

—Hola, Emelina —la saludó Calvino—. Emelina es la bibliotecaria —le dijo luego a Lucrecio, que preguntó confundido:

—¿En qué quedamos: es un manicomio o una biblioteca?

—Qué manía tienes con lo de quedar —replicó Calvino—. No tiene por qué ser una cosa o la otra, ni una tercera.

—Dadas dos cosas cualesquiera, solo se puede ser una cosa, la otra o una tercera —sentenció Lucrecio.

—Olvidas una posibilidad, querido —intervino Emelina—. Se puede ser a la vez una cosa y la otra.

—O una cosa y la tercera, o la segunda y la tercera, o las tres cosas a la vez —añadió Calvinó.

—Me rindo... ¿Podéis decirme dónde demonios estamos?

—En un manicomio biblioteca, querido —respondió Emelina—. Un manicomio especializado en libros ambulantes, es decir, en locuelos encantadores que se identifican con personajes literarios, o incluso con obras enteras.

—¿Con obras enteras? —exclamó Lucrecio—. Entiendo que una persona pueda creer que es, por ejemplo, Ulises, pero... ¿cómo puede creer que es la *Odisea*?

—Muy sencillo, querido —contestó Emelina—. Un día se cree Ulises, al día siguiente se cree Penélope, al otro Polifemo...

—O todos a la vez —añadió Calvinó.

—Y también hay personas que se identifican con un autor, es decir, con todas sus obras, con todos los personajes de todas sus obras —prosiguió Emelina—. Me gustaría presentarte a nuestro Andersen, pero está durmiendo sobre siete colchones, como la princesa del guisante, y se levanta muy tarde.

—Pero un autor no es todos sus personajes —replicó Lucrecio—. Puede que Andersen, el de verdad, se identificara con el patito feo, pero no creo que tuviera nada que ver con la sirenita.

—Eso es muy discutible —dijo Emelina—. En alguna medida, de alguna manera, un autor *es* todos sus personajes, y cuando está escribiendo un libro *es* ese libro, pues tiene la cabeza llena de él casi todo el tiempo. Y aunque así no fuera, a los autores los conocemos por sus obras, de modo que no podemos identificarnos con su dolor de muelas o sus problemas con los vecinos: nos identificamos con sus personajes... ¿Verdad, Alicia?

Calvino asintió con la cabeza, y Lucrecio lo (¿la?) miró con cierta inquietud.

—¿Te identificas con Alicia en el País de las Maravillas? —le preguntó.

—No —respondió Calvinó—. Me identifico con Alicia.

—Eso es lo que he dicho.

—Tú me has preguntado si me identifico con *Alicia en el País de las Maravillas*, y eso es un libro; yo solo me identifico con Alicia, no con todo el libro.

—Pero no crees realmente ser Alicia, ¿verdad?

—Claro que no *creo* ser Alicia; *soy* Alicia.

—Aunque solo a ratos, ¿verdad, querida? —intervino Emelina—. Por eso Alicia no vive aquí permanentemente, solo viene de vez en cuando... Por cierto, ¿qué te trae hoy por aquí, querida?

—Tengo que ver a Calvino.

—¡Pero si Calvino eres tú! —exclamó Lucrecio, cada vez más confundido.

—Tenemos un huésped que se identifica con Italo Calvino, el famoso escritor —explicó Emelina—. Ahora mismo está en la copa de un árbol, en plan Barón Rampante, charlando con Tarzán.

El barón vizconde

Emelina los condujo al patio trasero del palacete, un amplio recinto arbolado rodeado por un alto muro de piedra que lo aislaba del exterior.

A horcajadas sobre una gruesa rama de uno de los árboles más altos, dos curiosos personajes charlaban animadamente. Uno era bajito y rechoncho, y llevaba un taparrabos de tela con un estampado que imitaba la piel de leopardo; el otro, alto y delgado, vestía un aristocrático y anticuado traje de terciopelo azul.

—Me imaginaba a Tarzán un poco más atlético —comentó Lucrecio.

—¿Es que los gorditos no tienen derecho a identificarse con el rey de la selva? —replicó Calvino.

—¡Barón, tienes visita! —gritó Emelina, y el hombre del traje de terciopelo bajó del árbol con sorprendente agilidad. Se acercó a Calvino y dijo con una ceremoniosa inclinación:

—Mi querida Alicia, qué placer verte de nuevo por aquí.

—El placer es mío, Barón —contestó Calvino con una leve flexión de las rodillas—. Pero en realidad querría ver al Vizconde Demediado.

El hombre puso los ojos en blanco, se golpeó la frente con la palma de la mano, dio una vuelta completa sobre sí mismo y dijo con una ceremoniosa inclinación:

—Mi querida Alicia, qué placer verte de nuevo por aquí.

—El placer es mío, Vizconde —contestó Calvino con una leve flexión de las rodillas.

—¿Qué puedo hacer por ti, querida? —preguntó el hombre con una obsequiosa sonrisa.

—Desearía hacerte una consulta sobre el tema del desdoblamiento de la personalidad... Y desearía hacerlo en privado —dijo Calvino lanzándole a Lucrecio una significativa mirada de reojo.

—Vamos, querido, permíteme que te enseñe nuestro modesto pero acogedor establecimiento —dijo Emelina cogiendo del brazo a Lucrecio y arrastrándolo hacia la puerta.

Una vez dentro, la mujer le preguntó:

—¿Tienes alguna preferencia literaria, algún autor o personaje que te interese especialmente?

—En estos momentos, el personaje que más me interesa es ese Vizconde Desmelenado...

—Demediado, querido, Demediado... Es uno de los personajes más interesantes de Italo Calvino; junto con el Barón Rampante y el Caballero Inexistente, protagoniza la famosa trilogía *Nuestros antepasados*.

—¿Y por qué le interesa tanto a Calvino, quiero decir... a Alicia?

—No lo sé, querido. Tendrás que preguntárselo a ella. Y ahora permíteme que te enseñe nuestro taller de encuadernación...

El sastre encuadernador

Emelina condujo a Lucrecio hasta una puerta disimulada tras una cortina, en un rincón del amplio vestíbulo. Llamó suavemente con los nudillos, y un vozarrón atronador gritó: «¡Adelante!».

Entraron en lo que parecía el taller de un sastre. Un hombrecillo vestido a la usanza medieval estaba probándole un traje de pirata a un hombretón barbudo con una enorme pata de palo, tan gruesa como un tronco de árbol. Posado sobre el hombro del pirata, un vistoso loro de plumaje multicolor chilló al ver a Lucrecio: «¡Polizón a bordo! ¡Polizón a bordo!».

Un tercer individuo, caracterizado como el Sombrerero Loco de *Alicia en el País de las Maravillas*, estaba subido en un taburete para poder colocarle un imponente sombrero negro al bombretón.

—Te presento a John Silver (el astuto pirata de *La isla del tesoro*), al Sastrecillo Valiente y al Sombrerero Doblemente Loco —le dijo Emelina a Lucrecio, que le preguntó sorprendido:

—¿Por qué Doblemente Loco?

—Porque es un loco que cree ser el Sombrerero Loco —contestó la bibliotecaria—. Los pedantes lo llaman el Sombrerero Metaloco, pero suena fatal, ¿no crees?

—¿Y por qué me has dicho que ibas a enseñarme el taller de encuadernación, si esto es una sastrería?

—Querido, las cosas no siempre son esto o lo otro: a menudo son esto y lo otro. Un encuadernador viste los libros, y el Sastrecillo Valiente encuaderna a los hombres libro, es decir, los reviste con la apariencia que corresponde a su contenido.

—¿Y por qué John Silver tiene una pata de palo tan gruesa?

—¡Para patearte mejor, polizón entrometido! —rugió el pirata, y el loro chilló: «¡Polizón entrometido! ¡Polizón entrometido!».

Lucrecio dio un paso atrás, temiendo que el corpulento hombretón fuera a cumplir su amenaza; pero el pirata soltó una estentórea carcajada y le dijo:

—Bienvenido a bordo, muchacho. Acompáñame a la bodega, tengo el gaznate seco.

—La pata de palo de John es tan gruesa porque en realidad no es cojo: dentro está su pierna de carne y hueso —le susurró Emelina a Lucrecio antes de que el pirata lo cogiera del brazo y se lo llevara, cojeando aparatosamente, hacia la escalera que llevaba al sótano.

El fontanero pirata

Bajar la angosta escalera de piedra fue toda una aventura, y John Silver, entre risotadas y exabruptos coreados por los chillidos del loro, estuvo a punto de caerse un par de veces. Por fin llegaron al oscuro sótano, un trastero en el que se amontonaban los más diversos objetos. En un rincón destacaba la voluminosa silueta de un tonel, junto a un pequeño lavabo cuyo grifo goteaba rítmicamente, y hacia allí se dirigió el pirata. Los golpes de su enorme pata de palo sobre el suelo resonaban como aldabonazos.

«¡Una barrica de ron! ¡Una barrica de ron!», chilló el loro.

—Tú también tienes el gaznate seco, ¿eh, viejo bribón? —rió John Silver, y acto seguido llenó un vaso de metal que había bajo el pitorro del tonel—. Bebe —invitó a Lucrecio ofreciéndole el vaso—. Los polizones beben antes de ser arrojados por la borda, jo, jo, jo...

Por no desairar al hombretón, Lucrecio tomó un sorbo del oscuro líquido, que resultó ser mosto. Luego bebió el loro, que hundió el poderoso pico en el zumo con evidente placer, y por fin el pirata apuró el vaso de un trago.

—Un ron delicioso —comentó Lucrecio.

—¿Te estás quedando conmigo, muchacho —replicó John Silver—, o es que realmente no distingues el mosto del ron?

—No sé. Yo creía...

—Entiendo —lo interrumpió el hombretón poniéndose súbitamente serio—. Creías que en un manicomio hay que seguirles la corriente a los locos, ¿no es eso?

—Bueno, yo...

—Tranquilo, muchacho, no tengas miedo de ofenderme. Nosotros también llamamos «manicomio» a esta santa casa, y nos llamamos «locos» a nosotros mismos. Sabemos que no somos del todo... normales, que jugamos con nuestra imaginación un poco más que los demás; pero eso no nos disgusta, al contrario. ¿Quién quiere estar cuerdo del todo? Las personas

demasiado *cuerdas* se lían y se hacen nudos con mucha facilidad, y se atan las unas a las otras, jo, jo, jo...

—O sea, que en el fondo sabes que no eres John Silver...

—¿Por qué crees que no soy John Silver?

—Porque John Silver no existe. Es un personaje literario.

—¡Por eso mismo puedo ser él! —exclamó el hombretón abriendo los brazos en un gesto de triunfo—. No puedo ser Napoleón, puesto que Napoleón fue una persona de carne y hueso, que hizo y pensó millones de cosas, y nadie puede reproducir ni una milésima parte de la vida y la personalidad de Napoleón... Por eso, los que se creen Napoleón están *realmente* locos...

—Pero...

—Pero yo lo sé todo sobre John Silver, absolutamente todo, puesto que solo existe de él lo que está escrito en *La isla del tesoro*. Y todo eso puedo grabarlo en mi mente, hacerlo mío por completo.

—Pero tú no has vivido las aventuras del John Silver del libro.

—¿Cómo que no? Es él, el John Silver del libro, el que no ha vivido ninguna aventura. El John Silver del libro no es más que un montón de letras ordenadas de una determinada manera sobre unas hojas de papel. Soy yo, el lector, el que hace que ese montón de letras se convierta en un personaje.

—Vale, de acuerdo —admitió Lucrecio tras una perpleja pausa—. Tú eres más John Silver que ese montón de letras del libro; pero no has navegado en un barco pirata, ni has descubierto un tesoro...

—Una vez vividas, las aventuras son recuerdos, imágenes que bailan dentro de tu cabeza... ¿Te acuerdas de todo lo que hiciste la semana pasada?

—No, de todo no.

—Yo tampoco. Muchas de esas imágenes ya no están en mi cabeza, o están tan hondas que no alcanzo a verlas. Sin embargo, he soñado tantas veces con el barco que me llevó a la isla y con el tesoro que encontré en ella, que sus imágenes están mucho más vivas en mi cabeza que cualquier recuerdo de la semana pasada. O de ayer mismo. O de hace media hora.

—Pero no eres *solo* John Silver —insistió Lucrecio—. También tienes otros muchos recuerdos que no tienen nada que ver con piratas, barcos y tesoros.

—Pues claro... Mira.

El hombretón cogió un plano enrollado que había en un estante y lo extendió sobre un viejo baúl de madera.

—¿Es el plano de esta casa? —preguntó Lucrecio.

—Exacto. Tienes buen ojo. Es el plano de esta maravillosa casa en la que estamos. Y si este es el plano de esta casa, esta es la casa de este plano, ¿no es cierto?

—Claro.

—Pero en esta casa hay muchas más cosas que en el plano. El plano no es más que un trozo de papel con un montón de líneas, mientras que la casa tiene paredes de ladrillo, puertas de madera, verjas de hierro...

—Sí, claro... ¿Adónde quieres ir a parar?

—Al libro. *La isla del tesoro*, como todos los libros, también es un plano, un plano a partir del cual puedes construir con tu imaginación mucho más que una casa: todo un mundo poblado de personajes fascinantes. El plano es muy simple: unas hileras de letras en unas hojas de papel; pero el mundo que cada lector construye con su imaginación a partir de ese libro-plano es ilimitado, contiene todo lo que hay en el libro y muchas cosas más, igual que esta casa contiene todo lo que indican las líneas trazadas en el plano por el arquitecto, pero también contiene otras muchas cosas. ¡Incluso nos contiene a nosotros!

—Vale, esta casa es mucho más que el plano que sirvió para construirla. Pero esta casa solo es una casa, mientras que tú no eres solo un pirata.

—Esta casa no es solo una casa, querido polizón: es también el terreno que la sustenta, el aire que la envuelve, la luz que la ilumina, el paisaje que vemos desde las ventanas... Yo soy John Silver, y también soy todo lo demás que abarca mi mente, en la que John Silver cobra vida a partir del libro. Ahora que no nos oye nadie, te confesaré que también soy un fontanero llamado Mario...

«¡Mario, Mario fontanero!», chilló el loro.

—¡Calla, pajarraco! —exclamó el hombretón—. ¿Quieres que todos se enteren de mi personalidad secreta?

—¿Y no es incómodo ser varias personas a la vez? —preguntó Lucrecio tras una pausa.

—Al contrario, es muy divertido. Lo incómodo sería estar atrapado todo el tiempo en una sola personalidad. Alégrate de tener la ocasión de estrenar una personalidad nueva.

—¿Yo? —se sobresaltó Lucrecio—. ¿A qué te refieres?

—Tú no eres el padre de Alicia. Te pareces mucho a él y vas vestido como él, pero no eres él. Tú no eres calvo: te has afeitado la cabeza. A mí no me das el pego. Estoy un poco loco, pero no soy tonto...

La librería farmacia

—Silver, te tengo dicho que no avasalles a las visitas con tus modales tabernarios —dijo Emelina con tono de reproche desde lo alto de la escalera del sótano.

—Solo estoy enseñándole el plano del tesoro —replicó el pirata—. ¿Verdad, polizón?

«¡El tesoro, el tesoro!», chilló el loro agitando las alas.

—Anda, sube, querido, que aún no has visto nuestra farmacia —le dijo la bibliotecaria a Lucrecio.

—Ve, muchacho —lo animó el pirata—. La farmacia es de lo más interesante. Yo me quedo aquí abajo, poniendo un poco de orden en la bodega, que no está bien estibada. Y de paso arreglaré ese grifo que gotea...

Lucrecio subió a la planta baja, y Emelina lo condujo por un estrecho y oscuro pasillo hasta una sala llena de libros. Junto a un pequeño mostrador, una anciana estaba atendiendo a un hombre muy pálido y delgado que asentía insistentemente con la cabeza.

—¡Pero esto es una librería! —exclamó Lucrecio.

—Pues sí —admitió Emelina—, se podría decir que es una librería.

—¿No me has dicho que íbamos a la farmacia?

—Y en ella estamos, querido. Es una librería farmacia. Mira...

La anciana estaba cogiendo un libro de un estante, se lo dio al hombre pálido y le dijo:

—Diez páginas por la mañana, otras diez a mediodía y veinte antes de dormir.

El hombre asintió con la cabeza por enésima vez y se marchó con el libro bajo el brazo.

—¿Lo ves? —le dijo Emelina a Lucrecio—. Aquí los libros se prescriben como si fueran medicamentos.

—Y de hecho lo son —intervino la anciana librera—, puesto que ayudan a sanar el espíritu.

—Pero si los locos que viven aquí se creen personajes literarios, ¿no es contraproducente animarlos a que lean? —objetó Lucrecio.

—Todo lo contrario —replicó la librera—. Los pacientes que llegan a este centro suelen tener problemas muy graves, y al identificarse con ciertos personajes literarios mejoran notablemente.

—Yo creía que se habían vuelto locos de tanto leer, como don Quijote —dijo Lucrecio.

—¿Crees realmente que don Quijote se volvió loco por culpa de los libros? —le preguntó la librera con una sonrisa—. ¿No enloquecería más bien porque no soportaba vivir en un mundo mezquino y cruel? Yo diría que, en cualquier caso, la lectura lo salvó de convertirse en un viejo amargado... ¿Quién está más loco, el que se resigna a vivir en un mundo injusto o el que lucha para cambiarlo, aunque sea embistiendo contra molinos de viento?

—Pero los libros nos alejan de la realidad —dijo Lucrecio.

—Nos ayudan a tomar distancia —precisó la librera—. Al leer todos hacemos, de alguna manera, lo mismo que nuestros pacientes: nos identificamos con algún personaje y revivimos sus aventuras. Y eso, por un rato, nos aleja de nuestra realidad cotidiana, como tú has dicho. Pero si el libro es bueno, es decir, si estimula nuestra imaginación, si nos hace pensar y plantearnos nuevas preguntas, luego volvemos a la realidad con un poco más de fuerza y un poco más de sabiduría.

—Además, nuestros pacientes, como de entrada suelen estar más lejos de la realidad que cualquier libro, incluso mientras leen se acercan al mundo real —añadió Emelina—. El tratamiento es largo, pero algunos acaban curándose del todo... como yo.

—¿Tú estabas...? —exclamó Lucrecio.

—Como un cencerro. Cuando llegue aquí estaba tan mal que tuve que empezar el tratamiento por el principio, con los cuentos infantiles; fui Caperucita Roja durante más de un año... ¿Sabes por qué los niños quieren que les cuenten siempre los mismos cuentos y siempre de la misma manera?

—Pues no, nunca me lo había planteado —admitió Lucrecio—. Y es verdad: mi hija siempre me pide que le cuente el cuento de los tres cerditos, y protesta cada vez que cambio algún detalle.

—Los cuentos cuentan las cosas de una forma sencilla y ordenada, y por eso nos ayudan a recordar y a aprender, a poner orden en nuestra propia cabeza. El niño quiere oír los mismos cuentos una y otra vez para asegurarse

de que su cabeza retiene y ordena los datos correctamente; además de disfrutar con la historia, le da seguridad comprobar que la recuerda y la comprende... Y a los adultos nos pasa algo parecido: leer un buen libro, una buena historia, nos ayuda a ordenar nuestras ideas y a comprender el mundo en el que vivimos...

El cine dormitorio

De vuelta en el vestíbulo, Lucrecio le preguntó a Emelina:

—¿Cómo es que hay tan poca gente en este... centro tan grande? Sin contaros a la librera y a ti, solo he visto a media docena de personas.

—Porque muchos están en el cine, en la sesión matinal. ¿Quieres verlo?

—Sí, por favor. Me encanta el cine.

—A unos nos gusta más y a otros menos, pero a todos nos *encanta* el cine... Ven por aquí, querido.

Subieron a la segunda planta y entraron en una acogedora sala con capacidad para unas cien personas. Aproximadamente un tercio de las butacas estaban ocupadas, y como la luz estaba encendida, Lucrecio pudo echarle una ojeada al público. Vio a una Piel de Asno, a un Cyrano de Bergerac, a un (¿o era una chica?) Peter Pan, a una (¿o era un chico?) Campanilla, a un Frankenstein comiendo palomitas...

—¿Nos sentamos aquí? —propuso Emelina señalando dos butacas de la última fila.

Los asientos eran muy cómodos, y Lucrecio comprobó con agrado que podía apoyar la cabeza, cosa que, debido a su altura, no solía poder hacer en los cines. Al ver que disminuía la intensidad de la luz, se arrellanó en la butaca pensando que iba a comenzar la proyección; pero pasaban los minutos y todo seguía igual.

—¿Cuándo empieza la sesión? —le preguntó a Emelina.

—Ya ha empezado —contestó ella con una sonrisa.

—¡Pero si la pantalla está en blanco! —exclamó Lucrecio.

En aquel momento la intensidad de la luz disminuyó un poco más.

—¿Lo ves? —dijo Emelina—. Ya estamos en la tercera fase.

—Me temo que no entiendo nada...

—Es muy sencillo: cada cual proyecta mentalmente en la pantalla la película que se ha montado en su cabeza a partir del libro que está leyendo. A

medida que baja la intensidad de la luz, los pacientes se sumergen más y más en su propia fantasía, y acaban durmiéndose y soñando con ella. Lo llamamos «oniroterapia».

—¿Y por qué no usáis el cine (las películas de verdad, quiero decir) para ayudarlos a identificarse con los personajes, igual que hacéis con los libros?

—También lo usamos, pero en menor medida, porque el cine hace trabajar la mente mucho menos que la lectura.

—No estoy de acuerdo —replicó Lucrecio—. Yo, después de ver una buena película, me puedo pasar horas dándole vueltas en la cabeza.

—Por supuesto —admitió Emelina—. Pero mientras estás viendo una película tu imaginación trabaja mucho menos que mientras estás leyendo. El cine te lo da casi todo hecho: ves a los personajes, oyes sus voces, presencias sus acciones... Sin embargo, cuando lees solo tienes ante los ojos unas hileras de diminutos signos negros, veintitantas letras que se repiten sin cesar y se juntan en pequeños grupos (esos seres maravillosos que son las palabras), y con tan escaso material construyes en tu cabeza todo un mundo de imágenes e ideas... Cada vez que leemos, nuestra mente realiza un trabajo maravilloso, un fantástico ejercicio que nos fortalece y nos hace crecer por dentro...

Las luces se apagaron del todo.

—¿La cuarta fase? —susurró Lucrecio, mientras un suave sopor se apoderaba de él.

La butaca era tan cómoda, y la oscuridad y el silencio tan totales, que se quedó profundamente dormido. Se despertó sobresaltado al encenderse de nuevo las luces.

—Ahora viene lo más interesante —le dijo Emelina al oído—. La sesión de *cara-o-qué*.

Piel de Asno se subió a la pequeña tarima que había delante de la pantalla y empezó a moverse muy despacio, como si estuviera bailando a cámara lenta. Sus gestos y movimientos parecían contar una historia, y aunque Lucrecio no comprendía bien lo que quería expresar la mujer, se sintió vivamente emocionado.

—Es muy... interesante, pero ¿cómo es que no canta? —le preguntó a Emelina.

—¿Por qué crees que debería cantar? —le preguntó ella a su vez.

—¿No es una sesión de karaoke?

—De karaoke no, querido, de *cara-o-qué* —precisó Emelina—. Piel de Asno acaba de deleitarnos con una sesión de «qué» —añadió al ver que la

mujer bajaba de la tarima y subía Cyrano—, e imagino que ahora el caballero De Bergerac nos ofrecerá una sesión de «cara».

Efectivamente, el espadachín se acarició la punta de la larga nariz, bizqueó aparatosamente, movió las orejas e hizo todo tipo de muecas exageradas, aunque ni una sola risa brotó del atento público. Y no era para reírse, pues, de alguna manera, aquella sucesión de movimientos faciales contaba una historia de amor y de lealtad, hermosa y triste a la vez.

—Después de soñar con sus respectivas fantasías —le explicó Emelina al atónito Lucrecio—, los pacientes escenifican lo que han soñado; la mayoría lo hacen con la cara (que para eso es el espejo del alma), pero algunos, como Piel de Asno, prefieren expresarse de otra manera. Cuando empezamos a montar estas actuaciones, les preguntábamos a los pacientes: «¿Quieres hacerlo con la cara o qué?», y de ahí viene el nombre...

En aquel momento entró Calvino en la sala.

—Yo ya he terminado. Cuando quieras nos vamos, papá —le dijo a Lucrecio con una sonrisa burlona.

El paseo fuga

A mediodía estaban de regreso en casa. Calvino se quitó la peluca y le dijo a Lucrecio:

—Ponle a Loki su disfraz de perro y sácalo a dar una vuelta mientras yo preparo algo de comer.

—¿Su disfraz de perro?

—Su collar, bobo. Hay que explicártelo todo.

—Pónselo tú. A mí me mira mal.

—Te parece que te mira mal porque no tienes la conciencia tranquila. Ves tu propia culpabilidad reflejada en sus ojos.

—Por si acaso, pónselo tú.

—Está bien, cobardica.

Calvino le puso al enorme lobo negro un imponente collar de cuero erizado de púas y le tendió la correa a Lucrecio, que la cogió con aprensión.

—No sé para qué me das la correa —dijo—; harían falta tres como yo para sujetarlo.

—Es para disimular, hombre, igual que el collar. No tendrás que sujetarlo ni tirar de él. Loki es tan manso como un corderito. A no ser que lo provoquen, claro.

Una vez en la calle, Lucrecio comprobó que el lobo lo seguía dócilmente, sin necesidad de que tirara de la correa. Los demás perros (mejor dicho, los perros de verdad) no se atrevían ni a mirar a Loki, que los ignoraba olímpicamente, al igual que a los gatos, por lo que todo parecía indicar que el paseo iba a ser tranquilo. Y agradable, pues aquel era un barrio de viejos chalés con jardín y acogedoras calles arboladas.

Al doblar una esquina, Lucrecio oyó una aguda vocecilla que lo llamaba:

—¡Eh, Luc!

Se volvió y vio a un tipo bajito y escuchimizado que lo miraba desde una distancia prudencial.

—¡Sopa! —exclamó Lucrecio, contento de ver a su colega. Fue decididamente a su encuentro, pero el Sopa lo contuvo con un gesto de la mano.

—¿No es peligroso ese... monstruo? —preguntó señalando a Loki con mano temblorosa.

—Solo si lo provocan —contestó Lucrecio.

—Así que eres tú, Luc... —dijo el Sopa tras una pausa—. A pesar de mi vista de lince, no estaba seguro. Con esa pinta, pareces Nosferatu sacando a pasear al hombre lobo... ¿Qué te traes entre manos?

—Es una historia muy larga... Por cierto, menudo plantón me diste anoche. Estuve esperándote hasta las doce y media.

—¿Que yo te di plantón? —exclamó el Sopa—. ¡Pero si me llamaste a las once para decirme que se suspendía el trabajo!

—¿Qué dices? A las diez me llamaste tú y me citaste aquí al lado.

—Claro, tal como habíamos quedado, te llamé para confirmar la cita; y una hora después me llamaste tú y me dijiste que había que dejarlo para otro día.

—Un momento, un momento... ¿Dices que habíamos quedado previamente, antes de que tú me llamasas anoche? —preguntó Lucrecio, cada vez más confuso.

El Sopa lo miró con expresión preocupada.

—¿Qué te pasa, Luc? ¿Te encuentras bien? Esa pinta...

—No me pasa nada, Sopa, solo que... de vez en cuando me falla la memoria. ¿Cuándo quedamos?

—Anteayer, Luc. Nos vimos en la Taberna de la Urraca Ladina, como de costumbre, y me hablaste de un trabajo para el día siguiente, o sea, para ayer. Me diste la dirección y quedamos a las doce, y me pediste que te llamara una hora antes para confirmar... Te estás poniendo pálido, Luc. Ahora sí que pareces Nosferatu... ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, Sopa, solo estoy un poco cansado... Por cierto, ¿qué haces tú por aquí?

—Pues nada, dándome una vuelta por el barrio para estudiar el terreno, por si hacemos el trabajito otro día.

—Sí, claro. Aunque...

Lucrecio no pudo terminar la frase. De pronto Loki tiró de él con tal fuerza que, para no caerse, no tuvo más remedio que correr tras el lobo.

—¡Cuídate, Luc —le gritó el Sopa—, estás muy pálido!

Durante varios minutos, Loki corrió sin rumbo aparente por las calles del barrio. El animal parecía inquieto o asustado, como si quisiera huir de algo; pero nadie los seguía, o lo hacía tan sigilosamente que Lucrecio, por más que miraba hacia atrás cada pocos segundos, no logró siquiera vislumbrar a su posible perseguidor. Por fin el enorme lobo negro se detuvo ante la cancela de su casa, y Lucrecio comprendió que el paseo había terminado.

La despensa cámara

Lucrecio estaba tumbado en la cama con los brazos cruzados sobre el pecho, su postura favorita para reflexionar.

El Sopa aseguraba que se habían visto hacía un par de días en la Taberna de la Urraca Ladina, pero Lucrecio llevaba más de una semana sin ir por allí. O eso creía. ¿Tendría un desdoblamiento de la personalidad?

También había tenido la sensación de adentrarse en el armario como si fuera un cuarto secreto, y la cara de porcelana de un viejo maniquí le había parecido un rostro humano... ¿Qué demonios le estaba pasando?

Miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro de la tarde. Después de pasear a Loki (mejor dicho, después de que Loki lo paseara a él, a la carrera, por todo el barrio), se había tumbado en la cama agotado, sin probar siquiera el poco apetitoso potaje de garbanzos que había preparado Calvino. Y ahora tenía hambre.

Se levantó de la cama, salió del dormitorio y fue a la cocina. Abrió el frigorífico y sacó la cazuela de barro medio llena de garbanzos con arroz. «Hay que mezclar cereales con legumbres para ingerir juntos todos los aminoácidos», le había dicho el repelente de Calvino.

- también le había dicho que no estaría «disponible» hasta el anochecer.

A Lucrecio no le gustaban los garbanzos, pero en el frigorífico no había nada más, y en la cocina no se veía ninguna otra cosa comestible. Tal vez en la despensa... Pero la despensa estaba cerrada con llave.

Resignado, Lucrecio estaba a punto de comerse los garbanzos con arroz cuando de pronto recordó que era un ladrón profesional y que llevaba consigo sus utensilios de trabajo. Volvió al dormitorio y sacó de su riñonera un juego de pequeñas ganzúas y llaves maestras, con cuya ayuda la cerradura de la

despensa no se le resistió más de un minuto. Pero, más que una despensa, era una cámara frigorífica.

Y muy pocas personas habrían llamado comida a lo que había dentro. Pues lo que había dentro era un cadáver congelado. El cadáver de la mujer del cuadro.

Por su profesión, Lucrecio estaba acostumbrado a reprimir los gritos, pero en aquella ocasión no pudo contenerse. Gritó tan fuerte que Loki, desde el jardín, le respondió con un lúgubre aullido. Calvino apareció al cabo de unos segundos.

—¡Está... muerta! —exclamó Lucrecio—. Y además...

—No sé por qué te alteras tanto —lo interrumpió Calvino—. Ya te dije que mi madre había muerto.

—¡Pero no me dijiste que la guardabas en la nevera!

—No me preguntaste dónde la guardaba.

—Nunca pensé que llegaría a decir esto —farfulló Lucrecio tras una pausa—, pero... creo que debería llamar a la policía.

—No será necesario —replicó Calvino—. Viene para acá.

—¿La policía?

—Un comisario. Casualmente, ha llamado hace unos minutos para decir que nos haría una visita. Recíbelo tú, por favor. Yo tengo que cambiarme.

—Pero...

Lucrecio no pudo acabar la frase, pues Calvino se fue dejándolo con la palabra en la boca. Y en ese momento llamaron al timbre.

La muerta viva

Lucrecio cerró apresuradamente la puerta de la despensa y durante unos segundos se quedó paralizado por el pánico. Sintió el impulso de salir por la ventana de la cocina, cruzar el jardín, saltar la verja y huir de allí a toda velocidad. Pero sus posibilidades de lograrlo sin ser visto, a aquella hora de la tarde, eran muy escasas. De manera que, haciendo de tripas corazón, acudió a abrir la puerta de la casa.

El comisario era un hombre de unos cincuenta años, corpulento y de rostro afable. Apretó con fuerza la mano que Lucrecio le tendía y dijo:

—Me alegro de verlo. Tiene usted buen aspecto. Mucho mejor aspecto que la última vez que lo vi. Casi parece otro...

—Yo también me alegro de verlo, comisario —mintió Lucrecio esforzándose por sonreír—. ¿A qué se debe el placer de su visita?

—Como le he dicho por teléfono a su preciosa hija, tenía que pasar por aquí y, simplemente, quería saludarlo. Hace mucho que no lo vemos por el laboratorio.

—¿Por el... laboratorio? Sí, claro, el laboratorio... Pues sí, hace mucho que no voy por allí. He estado muy ocupado últimamente...

En ese momento se oyeron las melodiosas notas de un piano, procedentes de la salita de música contigua al salón.

—*Para Elisa* —dijo el comisario con una sonrisa beatífica—, una de mis piezas favoritas. ¿Puedo pasar a saludar a su encantadora hija?

—Claro, claro. Adelante...

Lucrecio acompañó al comisario hasta la salita, donde Calvino estaba tocando el piano con los ojos cerrados. Llevaba un vestido rojo, y se había encasquetado en la cabeza una anticuada peluca castaña con tirabuzones y con un par de moñetes frontales.

—¡Mi querida Lulú! —exclamó el comisario, y Calvino dejó de tocar y se levantó para saludarlo.

—Hola, comisario —dijo aflautando la voz.

—Sigue, sigue tocando, querida niña —rogó él, y Calvino, tras dedicarle una deslumbrante sonrisa, volvió a atacar la pieza de Beethoven.

Mientras regresaban al salón, el comisario le dijo a Lucrecio:

—Me alegro de ver que todo va bien. Le confieso que mi visita no es del todo casual... Me habían llegado algunos rumores sobre esta casa...

—¿Rumores? ¿Qué clase de rumores? —preguntó Lucrecio fingiendo un asombro que en realidad no sentía. Lo raro habría sido que sobre aquella casa no circularan todo tipo de rumores.

—El jardín un tanto descuidado...

—Sí, es verdad, parece un bosque. Nunca tengo tiempo de arreglarlo.

—Poca actividad en la casa... Parece ser que a su encantadora esposa hace tiempo que no se la ve.

—Bueno, es que... —empezó a decir Lucrecio, pero no pudo terminar la frase. Otra voz, cálida y aterciopelada, la terminó por él.

—Es que, últimamente, he estado muy poco sociable, comisario.

Lucrecio estuvo a punto de desmayarse. Acababa de entrar en el salón la mujer del cuadro, con su sedosa melena ondulada y su largo vestido negro. La mujer de la cámara frigorífica.

El comisario, sorprendido (aunque no tanto como Lucrecio), se acercó a ella y le besó la mano ceremoniosamente.

—Mi querida señora, qué alegría verla, y con tan buen aspecto. Ahora sí que me voy tranquilo... Porque tengo que irme, sintiéndolo mucho. Una visita relámpago, pero el deber me llama...

Como un autómatas, Lucrecio acompañó al comisario a la puerta y lo despidió sin casi enterarse de lo que el hombre le decía. Luego se volvió y buscó con los ojos desorbitados a la madre de Calvino. Pero la mujer había desaparecido. En la casa no se oía más sonido que las armoniosas notas de *Para Elisa*.

Lucrecio cruzó el salón a la carrera y entró en la salita de música, donde Calvino seguía tocando el piano como si tal cosa; cuando logró soltar el nudo que le atenazaba la garganta, gritó:

—¡Tu madre!

—¡La tuya! —replicó Calvino sin dejar de tocar.

—¡He visto a tu madre!

Calvino cerró la capa del piano con un suspiro de resignación, se volvió hacia Lucrecio y le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Es la primera vez que ves un cadáver?

—Es la primera vez que veo un cadáver que no sea de pollo guardado en la nevera, y también es la primera vez que veo un cadáver andando.

—¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que acabo de ver a tu madre en el salón, y que el comisario le ha besado la mano!

—No me extraña, es tan anticuado...

—¡¡He visto a tu madre en el salón!! —gritó Lucrecio fuera de sí.

—Te lo has imaginado —replicó Calvino quitándose la peluca—. Mi madre está muerta. Muerta y congelada.

—Vamos a comprobarlo.

—Lo has comprobado hace unos minutos.

—Quiero verla otra vez.

—De acuerdo...

Calvino se levantó y acompañó a Lucrecio a la cocina. Agarró con decisión el picaporte de la puerta de la despensa, pero no pudo abrirla.

—¿Has vuelto a cerrar con llave? —le preguntó a Lucrecio, que negó con la cabeza.

Calvino cogió un bote de té que había en un estante y sacó una llave de su interior; la introdujo en la cerradura de la puerta de la despensa e intentó hacerla girar.

—Qué raro —dijo—. No está cerrada con llave, pero no puedo abrirla. A lo mejor la puerta está atascada. Prueba tú, que tienes más fuerza.

Lucrecio intentó girar el picaporte, pero solo consiguió desplazarlo un poco, y cuando lo soltó volvió a su posición original. Como si alguien lo estuviera sujetando desde dentro.

—¿Eso también... han sido imaginaciones mías? —preguntó Lucrecio con voz entrecortada.

—No —contestó Calvino—. Yo también lo he visto.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Qué hacemos?

—La segunda pregunta es fácil de contestar. La primera, no tanto, me temo —respondió Calvino rascándose la calva cabeza—. Es evidente que, antes que nada, lo que tenemos que hacer es abrir esta puerta.

—¿Cómo?

—Se supone que el especialista eres tú.

—¿Tienes una caja de herramientas?

—Sí. En el jardín, en la parte de atrás, hay un pequeño cobertizo, y dentro hay herramientas de todo tipo.

—Necesito una ganzúa, o algo que sirva para hacer palanca.

—Ve tú y coge lo que te parezca más adecuado. Yo me quedo vigilando la puerta —dijo Calvino.

—¿No tienes miedo?

—¿De qué?

—De... lo que sujeta el picaporte desde el otro lado.

—Al parecer, es él o ella (o ello) quien tiene miedo, puesto que no quiere que abramos.

El enano gigante

Lucrecio fue hasta el cobertizo, cogió un hacha y volvió corriendo a la cocina. Tardó menos de tres minutos en ir y volver, pero Calvino ya no estaba allí. Y la puerta de la despensa seguía cerrada. ¿Seguía cerrada... o se había abierto durante su breve ausencia y volvía a estar cerrada?

—¡Calvino! ¡Alicia! ¡Lulú! —gritó Lucrecio con todas sus fuerzas.

No obtuvo respuesta, pero al cabo de unos segundos apareció Loki. El enorme lobo negro lo miró fijamente con sus grandes ojos azules, pero Lucrecio no sintió temor, sino alivio. No quería afrontar solo lo que pudiera haber detrás de la puerta.

Metió la hoja del hacha en la fina ranura que había entre la puerta y el marco, con intención de hacer palanca, pero se contuvo. La situación había cambiado, puesto que Calvino ya no estaba allí. Lentamente, llevó la mano al picaporte. Lo giró. No ofreció resistencia. Tiró de él. La puerta se abrió suavemente, sin ruido. Lucrecio se alegró de tener un hacha en la mano.

Estaba preparado para encontrarse con cualquier cosa menos con aquello. Porque lo que había detrás de la puerta era... una despensa. Una despensa normal y corriente, con sus estantes llenos de tarros, botellas y latas de conserva. Ya no había una cámara frigorífica. Ya no había ningún cadáver. Detrás de lo que parecía la puerta de una despensa, había precisamente eso: una despensa.

—¿Qué podemos hacer, Loki? —le preguntó Lucrecio al lobo, como si el animal pudiera contestarle. Aunque, tal como se estaban poniendo las cosas, tampoco le habría sorprendido mucho que Loki hubiese empezado a hablar.

El lobo no habló, pero sí que contestó. Desapareció durante unos segundos para volver con su collar en la boca.

—Quieres que te ponga tu disfraz de perro, ¿eh? —dijo Lucrecio—. Eso significa que quieres salir... Sí, me parece una buena idea. No tengo muchas ganas de quedarme en esta casa.

Le puso al lobo su aparatoso collar erizado de púas y salió con él a la calle. En cuanto cruzaron la verja del jardín, Loki empezó a correr, arrastrando tras de sí a Lucrecio, que a duras penas lograba mantener el ritmo del poderoso animal.

Al igual que durante su anterior paseo, el lobo parecía inquieto; de vez en cuando se paraba en seco, levantaba las orejas, miraba a un lado y a otro como si estuviera indeciso o desconcertado, y de pronto echaba a correr de nuevo.

Súbitamente, un gato negro saltó desde una tapia y echó a correr junto a ellos. Y al cabo de unos segundos se les unió otro gato, y luego otro, y otro, y un fox terrier de pelo duro que arrastraba tras de sí una larga correa, como si acabara de escaparse de su dueño. Un par de minutos después, el perplejo Lucrecio, arrastrado por Loki, formaba parte de una auténtica estampida de perros y gatos, que corrían juntos (y hasta revueltos) sin prestarse la menor atención los unos a los otros, como impulsados por una fuerza incontenible, igual que los animales del bosque cuando huyen de un incendio.

La carrera fue intensa pero corta. Al cabo de unos minutos, Lucrecio y una veintena de perros y gatos de todos los pelajes llegaban a un parque que más bien parecía un bosque en miniatura, pues estaba tan abandonado como el jardín de la casa de Calvino. Los animales se lanzaron en tropel entre los espesos matorrales, y Lucrecio, agarrado a la correa de Loki, no tuvo más remedio que seguirlos.

Por fin llegaron a un pequeño claro en cuyo centro, sentado sobre un tronco caído, un enano de revuelto cabello rojo e hirsuta barba estaba tocando la flauta. Aunque decir que la tocaba es mucho decir, pues del dorado instrumento metálico no salía el menor sonido.

Los perros y los gatos se dispusieron en semicírculo delante del enano flautista y se quedaron completamente quietos, como petrificados.

—¡Ultrasonidos! —exclamó Lucrecio de pronto.

Al oírlo, el enano dejó de tocar y se rompió el encantamiento. Los animales empezaron a removerse inquietos y a mirarse unos a otros con hostilidad; a los pocos segundos se habían dispersado en todas direcciones. En el pequeño claro solo quedaban Lucrecio, Loki y el enano pelirrojo, que dijo con una amplia sonrisa:

—¡Calvino, cuánto tiempo sin verte!

—Yo... no soy Calvino —balbuceó Lucrecio.

—Es verdad —dijo el enano mirándolo fijamente—. Te pareces mucho a él, vistes como él y estás paseando a Loki, pero no eres Calvino... ¿Quién

demonios eres?

—No sé...

—¿No sabes quién eres?

—Quiero decir que no sé muy bien lo que hago aquí... Es una historia muy larga.

—No tengo prisa.

—Y muy complicada.

—Me encantan las historias complicadas.

—Y además solo sé una pequeña parte.

—Soy muy listo. Tú cuéntame lo que sepas y yo deduciré el resto.

—Esa flauta emite ultrasonidos, ¿verdad? —dijo Lucrecio tras una pausa—. ¡Y no me digas que tú haces las preguntas!

—Calma, amigo —lo tranquilizó el enano—. ¿Por qué iba a contestarte de forma tan poco amable? Pues sí, mi flauta de oro emite ultrasonidos; los perros, gatos, ratones y otros animales pueden oír su música, pero los humanos no.

—Ayer también la tocaste, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque Loki se puso muy nervioso y empezó a correr de un lado a otro. Parecía asustado...

—Es que ayer toqué una música tenebrosa que produce desasosiego y espanto, mientras que hoy he tocado una melodía encantadora que es como una dulce voz que te llama sin palabras... ¿Más preguntas?

—No. Bueno, sí... ¿Puedo preguntarte quién eres?

—Por supuesto —contestó el enano, pero no añadió nada más.

—¿Y bien? —dijo Lucrecio tras una pausa.

—¿Y bien qué?

—No me has contestado.

—Claro que te he contestado. Te he contestado «Por supuesto».

—Pero no me has dicho quién eres.

—No me lo has preguntado.

—¿Cómo que no? ¡Acabo de preguntártelo!

—No me has preguntado quién soy; me has preguntado si podías preguntármelo.

—¿No es lo mismo?

—En absoluto. Una cosa es preguntar una cosa, y otra cosa es preguntar si puedes preguntar esa cosa. Por ejemplo, si me preguntas «¿Puedo preguntarte si hay extraterrestres?», la respuesta es sí, claro que puedes preguntármelo;

pero si me preguntas «¿Hay extraterrestres?», entonces no hay respuesta, porque no sé si hay extraterrestres o no; aunque sospecho que sí, dicho sea de paso...

—Pero sí que sabes quién eres.

—¿Cómo sabes que sé quién soy?

—Porque no has contestado «No lo sé».

—No he contestado «No lo sé» porque sí que lo sé. Pero tú no puedes saber que lo sé.

—Sí que sé que lo sabes porque acabas de decírmelo.

—Podría haberte mentido. En cualquier caso, no me has preguntado quién soy; solo me has preguntado si podías preguntármelo.

—Está bien, está bien... ¿Puedes decirme quién eres?

—Sí, claro que puedo decírtelo.

—¿Y por qué no me lo dices?

—Porque no me has preguntado quién soy. Me has preguntado si puedo decirte quién soy.

Lucrecio respiró hondo, contó hasta diez y luego preguntó escuetamente:

—¿Quién eres?

—Yo te lo he preguntado a ti primero —replicó el enano con una sonrisa traviesa.

Lucrecio volvió a respirar hondo. Aquel hombrecillo pelirrojo y barbudo, con su flauta de oro en las manos, parecía recién salido de un cuento de hadas; era el tipo más extraño que había visto jamás (y había visto muchos, sobre todo en los últimos días), pero, por alguna razón, le inspiraba confianza. Y, por otra parte, no tenía nada que perder, de modo que le contó su extraordinaria aventura de un tirón, sin omitir detalle.

El enano frunció el ceño, se acarició la hirsuta barba y, tras una larga pausa, dijo:

—Aquí está pasando algo muy raro...

—Gracias por la información —ironizó Lucrecio—, no me había dado cuenta.

—Más raro de lo que crees, muchacho. Más raro de lo que parece a primera vista...

—Pues sí que estamos bien. Porque a primera vista ya parece lo más raro del mundo.

—Tienes que volver a la casa y hacer vida normal —dijo el enano con convicción.

—¡Qué más quisiera yo que hacer vida normal! —exclamó Lucrecio.

—Es muy importante, muchacho; una persona o dos podrían estar en peligro de muerte.

—Por ejemplo, yo.

—No, no creo que tú corras ningún riesgo.

—Efectivamente, no voy a correr ningún riesgo, porque ahora mismo me largo de aquí. Acabo de acordarme de que tengo una cita con mi asesor de imagen.

—Podría chantajearte —dijo el enano tras una pausa—; podría amenazarte con llamar a la policía y acusarte de allanamiento de morada, incluso de asesinato... Pero has confiado en mí y yo voy a confiar en ti. Me precio de saber valorar a las personas, y no creo que seas la clase de individuo capaz de abandonar a su suerte a una criatura indefensa. De modo que ahora volverás a casa, te relajarás y esperaremos a ver qué pasa. No te preocupes, yo estaré vigilando.

Lucrecio respiró hondo por tercera vez.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que no tengo elección... Por cierto, aún no me has dicho quién eres.

—Te lo diré, pero no se lo cuentes a nadie. Soy Licuro, el gigante flautista.

—¿No eres un poco bajito para ser un gigante?

—Es que voy de incógnito. No me gusta llamar la atención.

La viva muerta

—¿Un enano que va de gigante? —exclamó el Sopa—. Oye, Luc, ¿seguro que te encuentras bien?

—Estoy bien, Sopa, estoy bien... de momento. Pero necesito tu ayuda.

—De acuerdo, voy para allá.

—Date prisa, que ya está anocheciendo... ¡Y no te quedes dormido!

Lucrecio colgó el teléfono y aguzó el oído. Le había parecido oír algo mientras hablaba con el Sopa, una especie de gruñido sordo.

—¿Loki? —dijo en voz alta, pero el lobo no apareció.

El gruñido se dejó oír de nuevo, y esta vez sonó más cerca. Lucrecio estaba en el salón, junto al teléfono, y lamentó no haber cogido el hacha, que seguía en la cocina. O eso creía. Pero se equivocaba. Porque el hacha estaba en las manos de una mujer muy pálida y vestida de negro, con los labios rojos como la sangre y la abundante cabellera alborotada, que apareció de pronto detrás de él y dijo con voz acariciadora:

—Hola, Cal.

Lucrecio intentó decir que él no era Cal, pero se había quedado mudo. Era como si una garra de hielo le atenazara la garganta.

—¿Me echabas de menos? —preguntó la mujer con una mueca vagamente parecida a una sonrisa.

—Yo... no... no... —balbuceó Lucrecio.

—¿No me echabas de menos, ingrato? —exclamó ella con expresión contrariada. Y si su sonrisa ya daba miedo, su contrariedad ponía los pelos de punta. Por no hablar del hacha.

—¡Yo no soy Cal! —consiguió gritar por fin Lucrecio—. Llevo su ropa y por lo visto me parezco a él, pero no soy él... Ni siquiera soy calvo —añadió señalando su cuero cabelludo, sombreado por el pelo que empezaba a salir.

Entonces ocurrió lo último que Lucrecio podría haber imaginado jamás. La mujer, boquiabierta, dejó caer el hacha, y el ruido que hizo su hoja

metálica al chocar contra el suelo pareció despertarla de un profundo sueño.

—¡Lucky! —exclamó abriendo los brazos—. ¡Mi querido Lucky, eres tú! ¡Qué alegría, después de tanto tiempo! ¡Sabía que algún día volveríamos a vernos!

La mujer, riendo y llorando a la vez, se abalanzó sobre él y lo abrazó con tal fuerza que Lucrecio pensó que iba a asfixiarlo. Cuando por fin se vio libre de aquel abrazo de boa, dijo con voz entrecortada:

—No es posible... Yo no te conozco, nunca te había visto antes... Y solo mi madre me llama Lucky...

—Pues te aseguro que yo no soy tu madre —dijo riendo la mujer—. Por cierto, ¿cómo está nuestra queridísima Marta? Aunque en realidad ella tampoco es tu madre...

Lucrecio se dejó caer en una silla. Le flaqueaban las piernas y la cabeza le daba vueltas como un tiovivo.

—Bien, Marta está bien, gracias —logró decir tras una pausa—. ¿Y Calvino... dónde está?

—No lo sé —contestó la mujer encogiéndose de hombros—. Creía que eras tú.

—Me refiero a...

—¿Te refieres a Calvina? Está castigada.

—¿Qué ha hecho?

—Matar a su madre.

—Pero... ¿no eres tú su madre?

—Sí, claro.

—Pues... yo diría que estás viva.

—Solo lo parezco. En realidad estoy muerta.

Lucrecio sintió el irrefrenable impulso de saltar por la ventana y no parar de correr hasta llegar a su casa; pero no podía marcharse dejando a Calvino, o Calvina, en manos de aquella loca desmelenada. Respiró hondo, contó hasta diez y se obligó a sí mismo a preguntar:

—¿Qué le has hecho a... Calvina?

—La he encerrado en el cuarto oscuro.

—¿Y cuándo la dejarás salir?

—Nunca.

La flauta porra

El Sopa no se caracterizaba por su rapidez y diligencia, pero en aquella ocasión no se hizo esperar; estaba muy preocupado por su amigo Luc, así que en cuanto colgó el teléfono salió corriendo de casa, bajó los escalones de dos en dos, montó en su vieja motocicleta y en cuestión de minutos llegó a la vieja mansión del jardín asilvestrado.

Antes de llamar al timbre de la cancela, decidió echar una ojeada a través de los barrotes. Rodeó la verja hasta encontrar un punto en el que la vegetación era menos tupida, y lo que vio desde allí no hizo más que aumentar su preocupación. Una de las ventanas del salón estaba abierta de par en par, y pudo ver que Luc estaba bailando con una pálida mujer de larga y alborotada cabellera, toda vestida de negro. Además de vista de lince, el Sopa tenía un oído finísimo, y en aquel momento no oía más ruido que los acelerados latidos de su corazón; Luc y la siniestra estaban bailando sin música.

De pronto, a la tenue luz del crepúsculo vislumbró entre la maleza un brillo metálico. Había alguien oculto detrás de un matorral, cerca de la ventana abierta, y tenía en las manos un objeto alargado y brillante. Y lo estaba apuntando directamente hacia los bailarines.

«Podría ser un marido celoso», pensó el Sopa. «¡Y lleva un arma!».

Haciendo de tripas corazón, trepó por la verja, saltó al otro lado y se abalanzó sobre el individuo agazapado entre la maleza, que resultó ser aún más bajito que el Sopa. Pero menos escuchimizado. Ambos hombres rodaron por el suelo, y el ruido de la lucha atrajo a los bailarines. La mujer se asomó a la ventana, lanzó un alarido y se desmayó en brazos de Lucrecio, que al ver a los dos contrincantes gritó:

—¡Quieto, Sopa, el enano es un amigo!

—Pues nadie lo diría —se quejó el ratero acariciándose la cabeza—. Acaba de sacudirme con una porra de hierro.

—No es una porra —replicó Licuro—, es una flauta; y no es de hierro, sino de oro.

—¡Ahora entiendo por qué hemos sentido de pronto la irresistible necesidad de bailar! —exclamó Lucrecio—. Estabas tocando tu flauta ultrasónica, ¿verdad?

—Así es. Con las notas más graves puedo producir una música subliminal —explicó el enano—; los humanos no la oyen de forma consciente, pero llega al cerebro y provoca determinadas reacciones. Ya te dije que estaría vigilando, y en cuanto he visto que Elsa se ponía agresiva, he empezado a tocar música de baile para apaciguarla.

—Gracias —dijo Lucrecio—. Cuando le he pedido que soltara a Calvinia, ha vuelto a coger el hacha...

—¿Alguien podría explicarme qué demonios pasa aquí? —exclamó el Sopa—. Temía que te hubieras vuelto loco, Luc, pero ahora creo que el que está enloqueciendo soy yo.

—Una cosa no excluye la otra, amigo —comentó Licuro dándole unas palmaditas en la espalda.

El clavo clave

La mujer seguía inconsciente. Yacía, pálida e inmóvil como un cadáver, sobre el sofá en el que Lucrecio la había depositado tras su desmayo. Los tres hombres, de pie junto a ella, la miraban con preocupación.

—Se ha desmayado al verme —explicó el enano—. Elsa y yo nunca nos hemos llevado muy bien, para decirlo de forma suave.

—Elsa... Le pega el nombre —comentó el Sopa—. Se parece a la novia de Frankenstein.

—La novia de Frankenstein no se llama Elsa —replicó Lucrecio, que era un experto en cine de terror—, ese es el nombre de la actriz que hacía de monstra.

—Pues por algo le darían el papel...

—En vez de poneros a hablar de cine, podríais buscar a esa indefensa criatura que está encerrada en alguna parte —sugirió Licuro—. Yo mientras intentaré reanimar a nuestra muerta viviente.

—Vamos, Sopa —dijo Lucrecio—. Tú eres un hacha registrando casas.

—Vale. Pero no me hables de hachas...

Recorrieron la mansión de arriba abajo, pero al único ser vivo que encontraron fue a Loki, escondido debajo de una cama.

—Para que este pedazo de lobo esté acoquinado, algo terrible tiene que estar pasando aquí —comentó el Sopa con voz trémula.

—¿Qué pasa, Loki? —preguntó Lucrecio, pero el animal solo respondió con un gruñido sordo y se negó a salir de su escondite.

—Oye, Luc, esto es una casa de locos, y además peligrosos —dijo el Sopa en voz muy baja, como si alguien pudiera oírlo—. No tenemos por qué ser más valientes que un cacho lobo de cien kilos...

—Ochenta y cinco.

—Da igual. Yo solo peso cuarenta y siete vestido, y no tengo garras ni colmillos... Hay que darse el piro, Luc, ahora que aún estamos a tiempo.

—Vete tú, Sopa; no te lo reprocharé. Pero yo no puedo abandonar a Calvino, o Calvina, o quien demonios sea; hicimos un trato... Y además el enano confía en mí; sabe que soy un ladrón, y sin embargo confía en mí. No puedo rajarme, Sopa.

—Está bien, está bien. Tú no puedes abandonar a ese niñato, o niñata, o lo que sea, y yo no puedo abandonarte a ti, de modo que vamos a seguir buscando.

—Gracias, Sopa, eres un amigo.

—Tú harías lo mismo por mí, Luc... En fin, esperemos que no empiecen a salir fiambres de los armarios...

—¡Los armarios!

—¿Qué pasa?

—En mi cuarto hay un armario... y la primera vez que lo abrí me pareció excesivamente hondo. Luego pensé que había sido mi imaginación, pero... Vamos a echar un vistazo, por si las moscas...

La llave seguía en el cajón de la mesilla de noche. Lucrecio abrió la puerta del armario, metió el brazo entre la ropa colgada y su mano tropezó con el rugoso panel de madera del fondo.

—Nada —dijo meneando la cabeza—. Es un armario normal y corriente.

—Tal vez... Pero lo que no es normal es que esta habitación termine aquí —comentó el Sopa dando unos golpecitos en la pared con los nudillos.

—¿Qué quieres decir?

—Antes, al registrar la casa, hemos estado en la habitación de al lado, y es bastante pequeña, ¿recuerdas?

—Sí, ¿y qué?

—Que, si no me equivoco, debería ser igual de grande que esta para llenar todo el espacio que se ve desde fuera entre las puertas de las dos habitaciones.

—Tú no sueles equivocarte en estas cosas, Sopa.

—No, no suelo equivocarme. Modestia aparte, tengo muy buen ojo para las medidas... Creo que hay un zulo entre las dos habitaciones.

—El cuarto oscuro... Y a ese cuarto secreto se podría entrar por el armario...

Entre los dos quitaron a toda prisa la ropa colgada y la tiraron desordenadamente sobre la cama. Luego examinaron palmo a palmo, a la luz de sus linternas, el fondo del armario, pero no encontraron el menor resquicio.

—¡Calvino, Calvina, ¿estás ahí?! —gritó Lucrecio con todas sus fuerzas, y golpeó con los puños el panel de madera, pero sin obtener respuesta alguna.

—¿Recuerdas lo que hiciste la otra noche, Luc, cuando tuviste la sensación de que el armario era muy profundo? —preguntó el Sopa.

—Entiendo... Crees que activé el mecanismo de apertura de ese panel de forma accidental, ¿no es eso?

—Es una posibilidad.

—Sí, tienes razón. Déjame pensar... ¡El cuadro! Antes de acostarme descolgué ese cuadro —dijo Lucrecio señalando el retrato de la mujer de negro.

—No me extraña. Yo no podría dormir tranquilo con esa tía mirándome así... ¡Pero si es Elsa! —exclamó el Sopa al fijarse en el cuadro.

—Sí... Y me pareció que el clavo se movía un poco al descolgarlo. Vamos a probar —dijo Lucrecio agarrando el cuadro por el marco.

—Espera, Luc —lo retuvo el Sopa con expresión sombría.

—¿Te parece absurdo?

—No, todo lo contrario; me parece que puede funcionar. Pero ten en cuenta que no hemos oído ningún ruido al otro lado del panel, a pesar de que has gritado y golpeado... Si hay alguien ahí detrás, podría estar...

El Sopa no terminó la frase. Lucrecio respiró hondo, contó hasta diez y descolgó el cuadro. El grueso clavo que lo sostenía, libre del peso, se desplazó unos milímetros hacia arriba. Y el panel del fondo del armario se deslizó lateralmente con un sordo chirrido.

Para ser un cuarto oscuro, era muy claro, como revelaron los haces de las linternas. Estaba todo forrado de blanco, incluidos el suelo y el techo.

—Es un cuarto acolchado, como los de los manicomios —comentó el Sopa.

El pequeño cubículo parecía vacío, pero al mover las linternas vieron que, en un rincón, había un bulto tirado en el suelo. Un pequeño fardo alargado. Como un niño envuelto en una sábana. O en un sudario.

—¿Cal... vino? —balbuceó Lucrecio.

El fardo se movió.

—Calvina, si no te importa —replicó la niña (¿o era un niño?) desperezándose—. Vaya, qué oportuno, ahora que había conseguido dormirme...

Se desprendió de la sábana y se incorporó lentamente. Llevaba una peluca morena y un vestido negro hasta los pies. Parecía una copia de Elsa a escala reducida.

—¿Estás... bien? —preguntó Lucrecio cuando logró reponerse de la impresión.

—Estaré mejor en cuanto coma algo... Por cierto, ¿quién es tu colega?

—El Sopa, un buen amigo.

—No lo lames Sopa, que con el hambre que tengo podría darle un bocado; aunque este canijo no llega ni a consomé —comentó Calvina con displicencia.

La madre padre

—Vaya niñata más repelente —le dijo el Sopa a Lucrecio en voz baja mientras seguían a Calvina camino de la cocina—. Deberíamos haberla dejado en el cuarto oscuro.

—Reconoce que lo del consomé ha tenido gracia...

—¡Ni se te ocurra contarle en la Taberna de la Urraca Ladina! Ya tengo bastante con que me llamen Sopa; solo faltaría que me degradaran...

Una vez en la cocina, Calvina abrió la despensa para buscar algo de comer. Pero pocas personas habrían considerado comestible lo que encontró al otro lado de la puerta. Era Elsa. Y tenía el hacha en las manos.

—¡Maldita parricida! —exclamó la mujer con el rostro desencajado al ver a Calvina—. ¿Quién ha osado dejarte salir?

—Yo no te maté —replicó Calvina sin inmutarse.

—¿Ah, no? —gritó Elsa alzando el hacha.

Lucrecio corrió hacia la mujer para intentar detenerla, pero no llegó a tiempo de impedir que descargara el mortífero golpe. Que afortunadamente no iba dirigido a Calvina, sino a una especie de botiquín de madera que había colgado en la pared. El certero hachazo hizo saltar la puerta del armarito, y Elsa sacó de su interior un frasco en cuya etiqueta se veía una calavera con dos tibias cruzadas.

—¡Te vi echarme esto en el vaso de leche que tomaba todas las noches antes de acostarme! —exclamó la mujer agitando el frasco ante las narices de Calvina.

Con un gesto brusco, la niña (¿o era un niño?) le arrebató el frasco a Elsa, lo destapó y dio un largo trago antes de que la mujer pudiera quitárselo de nuevo.

—¡No! —gritó Elsa—. ¡Hija mía, ¿qué has hecho?!

Calvina se desplomó silenciosamente, y la mujer, con un alarido de desesperación, apuró el contenido del frasco y cayó junto a su hija como

fulminada por un rayo. Desde algún lugar de la casa, el lúgubre aullido de Loki respondió al grito de Elsa.

Lucrecio y el Sopa corrieron a auxiliar a la madre y a la hija, pero los paralizó, desde la puerta de la cocina, la serena voz de Licuro, que les dijo:

—Tranquilos, muchachos, no pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —exclamó el Sopa—. ¿Tenemos dos fiambres en la cocina y dices que no pasa nada? ¿Eres un ogro en miniatura o algo así?

—Cálmate, Consomé —dijo el enano con una sonrisa jocosa—. Solo están traspuestas, y a las dos les vendrá bien dormir un rato.

—Pero la etiqueta... —empezó a decir Lucrecio tras recoger el frasco del suelo.

—¿Te crees todo lo que pone en las etiquetas? —lo interrumpió el enano—. No sé si te has dado cuenta de que en esta casa son un poco teatreros... En ese frasco solo había un potente somnífero, y Calvin se lo echaba en la leche a su madre para que no se pasara la noche gritando como una energúmena.

—¡Pero yo he visto a Elsa muerta y congelada! —exclamó Lucrecio.

—Eso es cierto —admitió Licuro.

—¡Y ahora está viva!

—Eso, sin embargo, ya no es tan cierto.

—Pero...

—Antes que nada, caballeros —lo interrumpió el enano—, sugiero que llevemos a estas damas al salón y las acomodemos en algún lugar más confortable que el duro suelo.

Entre Lucrecio y el Sopa trasladaron a Elsa, y Licuro se hizo cargo de Calvin. Una vez depositadas en sendos sofás, Lucrecio preguntó sin disimular su ansiedad:

—¿En qué quedamos: está viva o muerta?

—¿A quién te refieres, muchacho? —preguntó a su vez el enano.

—¿A quién va a ser? ¡A ella, a Elsa! —exclamó Lucrecio señalando a la mujer tumbada en el sofá.

—Estás partiendo de un supuesto erróneo, muchacho; mejor dicho, de dos —dijo Licuro con una enigmática sonrisa—. Estás dando por hecho que Elsa y «ella» son la misma persona.

—¿Y no lo son?

—Obviamente, no. Si Elsa está muerta y «ella» está viva, no pueden ser la misma persona.

—Entonces, ¿ella quién es?

—Ese es el segundo supuesto erróneo: «ella» no es «ella» —dijo el enano mientras se acercaba a la presunta mujer y le quitaba la voluminosa peluca, poniendo al descubierto un cráneo totalmente lampiño. Luego, con un pañuelo, le quitó el maquillaje blanco que cubría su rostro y le limpió los labios pintados de rojo.

—¡Es clavadita a ti, Luc! —exclamó el Sopa.

—Clavadito, más bien —lo corrigió el enano—. Querido Lucrecio, te presento a Calvino, padre de Calvina y esposo (o viudo, mejor dicho) de Elsa. Tu hermano...

La biblioteca manicomio

A la mañana siguiente, Lucrecio se levantó muy temprano y fue al manicomio biblioteca. Emelina, la bibliotecaria, lo acogió con una amplia sonrisa.

—¡Querido Calvino! —exclamó al verlo ante la cancela que daba acceso al patio del palacete—. ¡Qué alegría verte de nuevo por aquí! ¿Cómo es que no has venido con la encantadora Alicia?

—La encantadora Alicia está durmiendo; ha tenido una noche bastante agitada —dijo Lucrecio mientras Emelina abría la cancela y lo invitaba a pasar—. Y yo en realidad no soy Calvino.

—Ya lo sé, querido; pero puesto que te hacías pasar por él, para mí era como si lo fueras. Aquí dejamos que cada cual elija la personalidad que más le guste. Por otra parte, te pareces mucho a Calvino.

—Es que soy su hermano gemelo.

—¿Tú eres el famoso Lucrecio? ¡Debería haberlo adivinado! ¡Cuánto me alegro de conocerte!

—¿Sabías de mi existencia?

—Pues claro. He leído el libro varias veces. Es una historia fascinante.

—¿El libro?

—¿No lo sabes?

—¿El qué?

—No, ya veo que no lo sabes.

—Precisamente he venido porque alguien me ha dicho que aquí podría enterarme de la historia de mi familia. Hasta ayer ni siquiera sabía que tenía un hermano.

—Se me saltan las lágrimas al oírte decir eso... ¿Y quién te ha sugerido que vinieras aquí?

—Un tal Licuro.

—¡El gigante flautista! Un personaje realmente extraordinario, una mente privilegiada...

—Supongo que por eso lo llaman gigante, por su talla intelectual.

—Creo que lo llaman así porque vive en un país de liliputienses, y para ellos es un gigante. Lo del tamaño es muy relativo, ya sabes... Ven, te llevaré a la biblioteca manicomio.

—Pero... ¿no es esto?

—No, querido. Esto es el manicomio biblioteca, donde están los locuelos librescos. Y ahora vamos a ir a la biblioteca manicomio, donde están los libros alocados. Libros escritos por locos maravillosos o que tratan sobre lo que las personas vulgares llaman locura.

Emelina condujo a Lucrecio hasta un prado cercano. Era un prado normal y corriente, salvo por el hecho de que estaba lleno de camas. Junto a cada cama había una mesilla de noche con una lamparita y un libro. Y en medio del prado había un viejo pozo cubierto de hiedra.

—No pongas esa cara de estupor, Lucrecio —dijo Emelina—. Es normal que en los prados haya cosas de cuatro patas: vacas, caballos, ovejas...

—Sí, pero eso son camas.

—Todas tienen cuatro patas, y las mesillas de noche también. Puedes contarlas si quieres.

—¿Y la biblioteca?

—La tienes delante de los ojos. No hay mayor placer que leer en la cama, puesto que leer y soñar son actividades tan complementarias como coser y cantar.

—Pero hay muy pocos libros...

—Lo importante no es la cantidad, sino la calidad. Ponte donde quieras, nunca viene nadie tan temprano.

—¿Y el libro del que me has hablado?

—Lo encontrarás sobre la mesilla de noche.

—Pero...

—No haces más que poner peros, querido —lo interrumpió Emelina con un gesto de impaciencia—. ¿Por qué no te relajas y empiezas a leer?

Lucrecio se tumbó en la cama más próxima y cogió el libro que había sobre la mesilla de noche. Estaba en blanco. Iba a decírselo a la bibliotecaria, pero de pronto las páginas que tenía ante los ojos empezaron a llenarse de letras. Abrió el libro por el principio y leyó el título: CALVINA.

El epílogo prólogo

El padre de Calvino y Lucrecio era un biólogo muy brillante, aunque también bastante excéntrico, por lo que algunos lo consideraban el típico «sabio loco». Su esposa, Lucrecia, era una mujer de temperamento inestable y salud delicada, y había muerto al dar a luz a los gemelos, que habían sido criados por una joven nodriza, muy solícita y cariñosa, llamada Marta.

Los niños no eran del todo normales, aunque los médicos no acertaban a decir lo que les pasaba. Sin llegar a ser autistas, les costaba relacionarse con el mundo exterior, o más bien no se esforzaban en hacerlo. Y además eran completamente lampiños: no tenían un solo pelo en todo el cuerpo.

Cuando solo tenían dos años, y para horror de la nodriza, el padre de los gemelos empezó a experimentar con ellos un nuevo tratamiento contra la alopecia. Administrándoles una sustancia extraída de las glándulas de un lobo canadiense, consiguió que a sus hijos les saliera pelo.

Pero a las pocas semanas de empezar el tratamiento Calvino estuvo a punto de morir (de hecho, llegaron a darlo por muerto y a enterrarlo), y Marta, temiendo que los experimentos del padre acabaran también con la vida de Lucrecio, huyó con él y lo crió como si fuera su hijo. Dada su corta edad, el niño acabó olvidando su vida anterior y creció convencido de que Marta era su madre. En su caso, el tratamiento de su padre dio buen resultado, pues le crecieron las cejas y las pestañas, siempre tuvo una abundante mata de pelo y no sufrió ningún efecto secundario.

Por su parte, Calvino logró sobrevivir, pero volvió a perder el pelo y se convirtió en un individuo huraño y solitario. Siempre vestía de negro y evitaba la luz del sol.

Calvino tenía una prima hermana algo mayor que él llamada Elsa, que siempre lo humillaba y lo hacía rabiar. Y como no conocía a ninguna otra chica y además era un poco masoquista, Calvino acabó enamorándose locamente (nunca mejor dicho) de su prima Elsa, que se casó con él porque,

además de ser muy rico, se parecía físicamente a ella (es decir, por puro narcisismo).

Calvino y Elsa tuvieron un bebé. El padre lo llamaba Calvino, y la madre, Calvina. Y como era Elsa la que llevaba la voz cantante, acabó prevaleciendo el nombre de Calvina.

Cuando Calvina tenía diez años, Elsa, al igual que su tía Lucrecia (la difunta madre de Calvino y Lucrecio), empezó a tener frecuentes delirios y se volvió muy agresiva, sobre todo de noche. Para apaciguarla, Calvina empezó a echar un somnífero en el vaso de leche que su madre tomaba todas las noches antes de acostarse.

Tras un terrible ataque de furia en el que estuvo a punto de estrangular a su marido, Elsa murió de un infarto, y Calvino, cuya salud mental tampoco era muy buena, enloqueció de dolor. En el laboratorio secreto que tenía en el sótano (y que había heredado de su padre), congeló a su amada con la esperanza de revivirla más adelante, e incorporó a su propia mente la personalidad de Elsa. Su gran parecido físico con su esposa le facilitó el desdoblamiento de personalidad, y cuando se ponía una peluca y la ropa de ella podía engañar a cualquiera.

Calvino no estaba loco todo el tiempo. Tenía períodos de relativa lucidez en los que sabía que él no era Elsa y que Calvina no la había envenenado; pero cuando se «transformaba» en su difunta esposa (lo cual ocurría sobre todo de noche) odiaba a su hija (¿hijo?) y la (¿lo?) culpaba de todos sus males. Por eso preparó el cuarto acolchado, para encerrarse a sí mismo por la noche y evitar posibles agresiones a Calvina.

Calvino, que era tan buen biólogo como su padre, colaboraba ocasionalmente con la policía científica, y un día, revisando fichas policiales, vio la foto de Lucrecio, del que no había vuelto a saber nada desde que Marta se lo llevara. Entonces concibió un plan para recuperar a su hermano gemelo (del que su padre le había hablado mucho) y proteger a Calvina de sí mismo. Tras realizar una serie de averiguaciones sobre los hábitos y las amistades de su hermano (lo cual no le resultó difícil, pues tenía acceso a los archivos policiales), se puso una peluca para hacerse pasar por Lucrecio, fue a la Taberna de la Urraca Ladina y le propuso al Sopa que robaran en su propia casa. Al día siguiente le telefoneó para decirle que se había suspendido el trabajo, con objeto de que Luc acudiera solo y cayera en la trampa. Le contó el plan a Calvina, aunque no le dijo que Lucrecio era su hermano gemelo, sino solo un ladrón que se le parecía mucho físicamente...

—Y en vez de montar ese circo, ¿por qué no me llamó y me lo contó todo? —preguntó Lucrecio en voz alta, como si el libro que estaba leyendo pudiera oírlo y contestarle.

El libro no le contestó, pero sí lo hizo Calvina, que estaba de pie junto a la cama.

—Porque mi padre no está en pleno uso de sus facultades mentales, ¿no te habías dado cuenta, tío Luc? —ironizó la niña (¿o era un niño?). Iba vestida (¿vestido?) de Alicia, pero sin peluca, y la (¿lo?) acompañaba su fiel Loki.

—¡Hola! —exclamó Lucrecio sorprendido—. No os he oído llegar.

—Las circunstancias nos han enseñado a movernos con sigilo, ¿verdad, Loki? El pobre animal aún no se ha repuesto de los sustos de anoche.

Emelina se había tumbado en una cama cercana y dormía plácidamente. No había nadie más en el prado biblioteca.

—Hay algunas cosas que no comprendo —dijo Lucrecio tras una pausa.

—Pues pregunta. Has sacado al genio de la botella y tienes derecho a pedir tres deseos, o sea, a hacer tres preguntas.

—¿El genio de la botella?

—El genio soy yo, que tengo un cociente intelectual de 180 —dijo Calvina sentándose en la cama—, y la botella es el zulo del que me sacasteis Consomé y tú.

—Muy bien, genio, pues la primera pregunta tiene que ver con este libro... ¡Estaba en blanco, y las letras han aparecido como por arte de magia cuando lo he abierto!

—Por si no te has enterado, tío Luc, estamos en la era de la informática. Es un libro electrónico, y el texto ha aparecido cuando Emelina, con su mando a distancia, ha dado la orden al ordenador, valga la redundancia.

—No veo ningún ordenador.

—Está en el pozo. Ahí dentro hay más de cien mil libros archivados en formato electrónico. Es un auténtico pozo de sabiduría. Y de maravillosa locura.

—¿Y quién ha escrito la loca historia de nuestra familia?

—Un amigo de Licuro. El enano conoció a mis abuelos (o sea, a tus padres) y sabe muchas cosas sobre nosotros; se las va contando a un amigo suyo que es escritor, y él va escribiendo nuestra historia. Que, por cierto, no ha hecho más que empezar: lo que acabas de leer solo es el prólogo. Ahora habrá que añadir al libro las instructivas aventuras que acabamos de vivir, incluso esta misma conversación. Y luego lo que ocurra a partir de ahora, que promete ser interesante... ¿Más misterios por desvelar?

—Alguno que otro... Por ejemplo, ¿cómo es que la cámara frigorífica se convirtió en despensa? O viceversa...

—Es un montacargas con dos cabinas, una encima de otra. Sirve para comunicar el laboratorio del sótano con la cocina. Y también para despistar a los fisgones como tú.

—Y tu madre... ¿sigue en la casa?

—Pues claro, ¿adónde quieres que la llevemos, a un guardamuebles? Está en la cámara frigorífica, con los guisantes congelados... Me encantan las legumbres, ¿y a ti?

—Todas menos los garbanzos... ¿Y qué tal está tu padre?

—Mejor. Dice Licuro que tu presencia puede ayudarlo a recuperar del todo su verdadera personalidad. Eres como un espejo viviente en el que se ve tal como es; bueno, un poco más gordo.

—Y, por cierto, ¿cómo salió de la tumba después de que lo dieran por muerto y lo enterrarán?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. A mí nunca me lo ha contado.

—¿Y ese Licuro...?

—Nada de preguntas relacionadas con él.

—¿Por qué?

—Esa es una pregunta relacionada con él. Y ya van más de tres, por cierto.

—Vale, vale, ya me callo. Aunque todavía hay cosas que no entiendo, y se supone que el libro que acabo de leer iba a aclarármelo todo.

—No seas simple, tío Luc. Ningún libro puede aclararlo todo. Ni siquiera el libro ambulante que tú eres te lo aclara todo sobre ti mismo.

—Oye, que yo no soy uno de esos locos que se creen libros.

—Eres un libro loco que se cree cuerdo, como todas las personas «normales»; pero no te preocupes, ya te curaremos.

Calvina metió la mano debajo de la almohada y sacó un mando unido a un cable, como los que suele haber en las camas articuladas de los hospitales. Apretó un botón y la cama empezó a caminar por el prado.

—¿Qué demonios...? —exclamó Lucrecio.

—¿No has dicho que te ibas a callar? —lo interrumpió Calvina.

—Sí, pero...

—Relájate y disfruta del paseo.

Lentamente, adelantando una pata tras otra con un suave chirriar metálico, la cama se encaminó hacia un bosquecillo de hayas que lindaba con el prado.

Loki la seguía a corta distancia, como un perro pastor tras una vaca despistada. A lo lejos se oía el rumor de un arroyo.

—¿Puedo hacer una última pregunta? —dijo Lucrecio al cabo de unos minutos.

—¿Puedes? —replicó Calvina con una sonrisa burlona.

—Claro que puedo.

—Entonces, ¿por qué me preguntas si puedes?

Lucrecio respiró hondo, contó hasta diez y dijo:

—¿Puedo preguntarte si eres niño o niña?

—Por supuesto.

—¿Y por qué no me lo dices? —insistió Lucrecio tras una pausa.

—Porque no me has preguntado si soy niño o niña. Me has preguntado si puedes preguntármelo...

—¿No has dicho que te ibas a callar? —lo interrumpió Calvina.

—Sí, pero...

—Relájate y disfruta del paseo.

Lentamente, adelantando una pata tras otra con un suave chirriar metálico, la cama se encaminó hacia un bosquecillo de hayas que lindaba con el prado. Loki la seguía a corta distancia, como un perro pastor tras una vaca despistada. A lo lejos se oía el rumor de un arroyo.

—¿Puedo hacer una última pregunta? —dijo Lucrecio al cabo de unos minutos.

—¿Puedes? —replicó Calvina con una sonrisa burlona.

—Claro que puedo.

—Entonces, ¿por qué me preguntas si puedes?

Lucrecio respiró hondo, contó hasta diez y dijo:

—¿Puedo preguntarte si eres niño o niña?

—Por supuesto.

—¿Y por qué no me lo dices? —insistió Lucrecio tras una pausa.

—Porque no me has preguntado si soy niño o niña. Me has preguntado si puedes preguntármelo...